

un consuelo ó un goce mundanos, evidentemente porque esto proporciona un nuevo alimento á la voluntad, que se trata de matar; paralelamente vemos que los preceptos de Fo ordenan al saniassi no tener bienes de ninguna especie, no habitar bajo techado y hasta no acostarse con frecuencia debajo de un mismo árbol para no tomarle afición y llegar á preferirle á los demás. Las instrucciones de los místicos cristianos y las de la filosofía vedanta concuerdan también en que declaran superfluos para el que ha llegado á la perfección toda práctica exterior y todo ejercicio religioso. Una armonía tan completa, á pesar de la inmensa diferencia de pueblos y de épocas, prueba con hechos palpables que no es esto, como afirma un vulgar optimismo, una manifestación de denuncia ó una aberración del sentimiento, sino la expresión de un aspecto esencial de la naturaleza humana, que por razón de su misma sublimidad no se manifiesta más que rara vez.

He mostrado las fuentes inmediatas, tomadas de la vida misma, de las cuales pueden sacarse, para estudiarlos, los fenómenos en que se traduce la negación de la voluntad de vivir. Aunque éste es en cierta manera el punto más importante de las presentes consideraciones, lo he expuesto de una manera general tan sólo, considerando preferible remitir al lector á los que hablan por su propia experiencia directa, á aumentar inútilmente este volumen con el eco debilitado de sus palabras.

Es poco lo que me resta añadir para caracterizar con algunos rasgos generales este estado psíquico. Mientras vimos antes que el malo, por su impetuosa voluntad, padece un tormento interior que incesantemente le devora, y que, por último, cuando ha agotado todos los objetos de su querer, procura extinguir la sed que le abrasa con el espectáculo de los dolores ajenos, ve-

mos al hombre llegado á la negación de la voluntad de vivir, por pobre y triste que parezca, por llena de privaciones que esté su condición, mirada desde fuera, gozar de la más perfecta beatitud interior y de una calma verdaderamente celestial. No hay en él ni esa satisfacción agitada que da la actividad vital, ni esos arrebatos de júbilo, cuya condición previa es un dolor pasado, y cuyo resultado inevitable es siempre un dolor futuro; no conoce nada de lo que constituye la existencia del hombre ávido de vivir, posee una calma inalterable, una paz profunda, una serenidad íntima. Su estado es tal, que no podemos contemplarle sin que nos inspire envidia, cuando se presenta ante nuestros ojos ó ante nuestra imaginación, pues comprendemos en seguida que semejante condición está por encima de todo lo del mundo, y que allí reside la verdad: entonces, lo mejor que hay en nosotros deja oír su voz para gritarnos el gran *«sapere audere»*. Advertimos entonces que toda la realidad de nuestros deseos, arrancada á la existencia, no es más que la limosna que se da al mendigo, prolongando su vida un día para que vuelva al siguiente á morir de hambre, mientras que la resignación se asemeja al patrimonio hereditario que libra para siempre de cuidados al que le posee.

Debemos recordar aquí lo que se dijo en el libro tercero, de que el placer estético consiste, en gran parte, en que sumidos en el estado de contemplación pura, libertados durante este intervalo de toda voluntad, es decir, de todos los deseos y todos los cuidados, nos despojamos en cierto modo de nuestra personalidad, no somos ya aquel individuo cuya inteligencia toda estaba al servicio de la voluntad, aquel sujeto correlativo del objeto particular, y para el cual todos los objetos se convierten en motivos de volición, sino el sujeto invo-

luntario é inmortal del conocimiento puro, el correlativo de la Idea. Sabemos también que los momentos más felices que tenemos en la vida, son precisamente aquellos en que, sustraídos á la feroz tiranía de la concupiscencia, nos elevamos, por decirlo así, sobre la atmósfera grosera de la tierra. Por la felicidad que gustamos entonces podemos juzgar de la beatitud del hombre cuya voluntad no está, como en el éxtasis estético, calmada por un breve instante, sino para siempre, pues se encuentra enteramente consumida, salvo una débil chispa que sirve para conservar la existencia del cuerpo, y que desaparecerá con éste. Cuando este hombre, después de amargas luchas contra su propia naturaleza, triunfa por fin, definitivamente, no queda de él más que una pura inteligencia, un espejo siempre límpido del mundo. Nada puede agitarle ya, pues ha roto los mil lazos con los cuales nos tiene la voluntad atados á la tierra, y que vienen bajo la forma de concupiscencia, de temor, de envidia, ó de ira, á importunarnos dolorosamente en todos sentidos. Contempla sereno y sonriente esos espejismos mundanos que antes tenían la facultad de emocionarle y de agitarle, y que ahora se desarrollan ante sus ojos, impotentes para alterar su tranquilidad, y que son comparables á piezas de ajedrez después de jugada la partida, ó á los trajes de una mascarada, arrojados por la mañana en el vestuario, después de habernos intrigado durante una noche de Carnaval los personajes que los llevaban. La vida y sus figuras flotan ante sus ojos como sombras fugitivas, cual ante los ojos del durmiente medio despierto flota el ensueño ligero de la mañana, á través del cual se trasparenta ya la realidad, y que no puede engañarle. Como este ensueño, la vida se desvanece sin transición violenta. Estas consideraciones nos ayudan á comprender lo que quiere decir Mad. de Guyon cuando al

final de sus *Memorias* repite con tanta frecuencia: *Todo me es indiferente; no puedo ya querer nada; muchas veces no sé si existo ó no.* Para expresar cómo después del aniquilamiento de la voluntad, la muerte del cuerpo (el cual no es más que la aparición visible de la voluntad, y que, por consiguiente, pierde toda su significación con la supresión de aquélla), no puede tener nada de amarga, y debe ser bien venida, séame lícito citar las propias palabras de aquella santa penitente, aunque no formen frases elegantes: *«Mediodía de la gloria; día en que no hay noche; vida que no teme la muerte en la muerte misma, porque la muerte ha vencido á la muerte, y el que ha sufrido la primera muerte no sentirá la segunda.* (Vida de Mad. de Guyon, v. II, p. 13.)

No se crea, sin embargo, que el conocimiento, convertido en aquietador, no está ya expuesto á recaer cuando ha producido la negación de la voluntad de vivir, y que puede considerarla como un bien definitivamente adquirido. Por el contrario, hay que reconquistarla continuamente con nuevos combates. Como el cuerpo es la voluntad misma, convertida en objeto ó fenómeno en el mundo de la representación, mientras vive el cuerpo existe también virtualmente la voluntad de vivir y aspira perpetuamente á volver á la realidad y á inflamarse de nuevo con más ardor que nunca. Por eso en la vida de esos santos de quienes hablamos antes la quietud y la felicidad son el último desenvolvimiento, la flor nacida de una victoria de todos los instantes sobre la voluntad; el suelo que la sostiene es la lucha perpetua contra el deseo de vivir, pues en este mundo no hay reposo duradero para criatura alguna.

La historia de la vida interior de los santos está llena de combates del alma, de tentaciones y de momentos en que la *gracia* los abandona, es decir, en que pierden

ese modo de conocimiento que paralizando los motivos se convierte en el aquietador general de todo querer, proporciona la paz más profunda y da acceso á la libertad. Por eso vemos que aquellos mismos que han llegado por fin á la negación de la voluntad se mantienen en este estado á costa de esfuerzos incesantes, de mil penas privaciones, de una vida de dura penitencia, de la busca de cuanto les desagrada, con el único fin de reprimir la voluntad, siempre dispuesta á sublevarse. Y precisamente porque saben el precio de la libertad tienen ese cuidado celoso en conservar la salvación que han conseguido; de ahí vienen sus escrúpulos de conciencia por el más inocente placer que gozan ó por el menor movimiento de vanidad, pues ésta que es el más indestructible, el más vivaz y el más insensato de todos los instintos humanos, es también el último que muere aquí y en todas partes.

Lo que entiendo en una acepción más restringida por la palabra ascetismo, que he empleado hasta ahora, es precisamente el aniquilamiento intencional de la voluntad, obtenido por la renuncia de cuanto agrada y la busca de cuanto desagrada, y por la práctica voluntaria de una vida de penitencia y de maceraciones consagrada á una constante mortificación del querer.

Si la vida ascética es para el hombre que ha llegado á negar su voluntad el medio de mantenerse en este estado, existe una segunda vía (*δεύτερος πλους*) (1), que conduce al mismo resultado: es el dolor en general, tal como nos lo depara por la suerte; puede decirse que la mayor parte de los hombres no llegan á la salvación más que por este camino. Los dolores padecidos por uno mismo y no los que contemplamos en los demás son los que nos con-

(1) Respecto del *δεύτερος πλους*, véase Stob. Floril., v. II, p. 374.

ducen á la resignación absoluta, sobre todo á las puertas de la muerte. Son muy raras las personas á quienes basta su inteligencia para negar la voluntad, merced á ese conocimiento que, después de traspasar el principio de individuación, comienza por darles la bondad perfecta y el amor á la humanidad y acaba por hacerlos reconocer como propios los dolores del mundo entero. Hasta para el hombre próximo á llegar á este grado de perfección, el bienestar momentáneo, las seducciones de la esperanza y la ocasión siempre presente de satisfacer la voluntad, es decir, los apetitos, son otros tantos obstáculos perpetuos para la negación del querer, y otras tantas tentaciones renacientes de afirmarle. Esto es lo que ha sugerido la idea de personificar todas las tentaciones, desde este punto de vista, en figura de demonios. De ordinario se necesita que grandes dolores hayan venido á quebrantar la voluntad, para que su negación pueda producirse. Cuando un hombre ha recorrido todos los grados de una miseria creciente; cuando después de haber luchado con energía está próximo á abandonarse á la desesperación, se reconcentra á veces repentinamente en sí mismo, se reconoce y reconoce el mundo, muda de manera de ser, se eleva por encima de sí propio y por encima del dolor, y como purificado y santificado por éste, con una calma, una beatitud, una elevación de espíritu que nada puede alterar, renuncia libremente á cuanto codiciaba hasta entonces con tan arrebatado deseo, y espera la muerte con júbilo. A la manera que la fusión de un metal se anuncia por un resplandor, la llama del dolor produce en él el destello de una voluntad que se desvanece, es decir, de la liberación. Se ha visto hasta á los más perversos, purificados por un gran dolor, volverse otros hombres y enmendar toda su conducta. Los crímenes de su pasado no inquietan desde entonces

su conciencia, pues están dispuestos á expiarlos con la muerte, y ven llegar con satisfacción el aniquilamiento de una voluntad que ha llegado á ser para ellos cosa extraña y hasta objeto de horror. El gran Goethe, en su inmortal obra maestra, el *Fausto*, nos da en la historia de las desdichas de Margarita una pintura como no hay otra en la poesía, y que es la interpretación más clara y más visible de una negación de la voluntad producida por el dolor y por la pérdida de toda esperanza de salvación. No conozco ejemplo más propio para mostrarnos ese segundo sendero que conduce á la negación de la voluntad, no como el otro, por el dolor universal que se reconoce como propio voluntariamente, sino por el que uno mismo experimenta. No faltan tragedias que nos pintan á sus héroes pasando de la voluntad más impetuosa á la resignación más absoluta, caso en el cual el desenlace consiste en que la voluntad de vivir y su fenómeno acaban al mismo tiempo; pero no hay obra alguna que presente la esencia de esta conversión en una forma tan clara y tan exenta de todo elemento accesorio, como aquella parte del *Fausto* á que aludo.

En la vida real no es raro ver tales conversiones en infortunados á quienes el destino somete al colmo del dolor, puesto que les espera sin remedio y en la plena actividad de sus facultades, la muerte en el patíbulo, muerte violenta é ignominiosa, acompañada muchas veces de horribles tormentos. No debe creerse que la diferencia entre su carácter y el de la mayoría de los hombres es tan grande como parece indicarlo su miserable destino; en gran parte hay que atribuirlo á las circunstancias, pero esto no impide que sean criminales y malvados. Con frecuencia vemos convertirse á seres de estos, cuando toda esperanza ha desaparecido para ellos. Se vuelven entonces buenos y puros, les inspira un horror

sincero el cometer la menor acción perversa ó poco caritativa, perdonan á sus enemigos, hasta á los mismos que les han hecho condenar acaso injustamente, y esto no se reduce en ellos á meras palabras ó hipocresía inspirada por el temor de condenarse, sino á que se han despojado sinceramente de toda animosidad. Apetecen ya los dolores y la muerte, rechazan toda eventualidad de evasión que se les presenta y mueren con alegría, tranquilos y serenos. El exceso de aficción les ha revelado el último misterio de la vida: ven que el mal y el dolor, que el odio y la aficción, que atormentadores y atormentados son idénticos en sí, por diferentes que parezcan al conocimiento que se guía por el principio de razón; que no son más que fenómenos de una misma y única voluntad de vivir que objetiva su conflicto consigo misma por medio del principio de individuación; han aprendido á conocer las dos fases del mundo: la perversidad y el dolor, en toda su plenitud, y reconociendo que son idénticas, las rechazan una y otra al mismo tiempo y renuncian á la voluntad de vivir. La forma mítica ó dogmática en que dan cuenta á su razón de este conocimiento intuitivo é inmediato, es, como he dicho, indiferente por completo.

Matías Claudius debió de haber sido testigo, sin duda, de una conversión de este género cuando escribió en el *Mensajero de Wandsbeck* el extraño artículo titulado *Historia de la conversión de****, que termina así: «La manera de pensar de un hombre puede pasar de un punto de la periferia á la extremidad opuesta y volver luego á su punto de partida, si las circunstancias le hacen seguir esta curva. Semejantes cambios no son lo más elevado ni lo más interesante que se encuentra en el género humano, pero la conversión que acabo de referir, *esta metamorfosis transcendental, radical, maravillosa*, en que todo el círculo está irrevocablemente suprimido, y bur-

ladas todas las leyes de la psicología; en que la criatura se despoja, no solamente de su lana, sino de su piel, ó la vuelve del revés al menos; en que le caen las telarañas de los ojos, es una de esas cosas tan milagrosas, que cualquiera que tenga un resto de espiritualidad, dejará á su padre y á su madre para correr á verla con sus propios ojos y á oirla con sus propios oídos.»

Pero la proximidad de la muerte y la pérdida de toda esperanza no son indispensables para que se produzca esta purificación por el dolor. Una gran desdicha, una inmensa pena pueden, aún no concurriendo aquellas condiciones, hacer que se reconozca el conflicto interno de la voluntad de vivir y la inanidad de toda esperanza. Muchas veces se ha visto á reyes, á héroes, á aventureros, convertirse súbitamente en medio de una vida agitada por el tumulto de las pasiones, consagrarse á la resignación y á la penitencia y hacerse monjes y ermitaños. Hay multitud de ejemplos de conversiones de este género; tal es la historia de Raimundo Lulio. Solicitaba hacía tiempo los favores de una dama, y consiguió por fin una cita: en el momento en que se creía próximo á ver logrados sus deseos, la dama, abriendo su corpiño, le mostró el seno comido por un asqueroso cáncer. Desde aquel instante, como si hubiera fijado sus miradas en el infierno, abandonó la corte del Rey de Mallorca y se retiró al desierto á hacer penitencia (1). He referido brevemente en otro lugar la conversión del Abate de Rancé, cuya historia es parecida á la que precede. En ambos ejemplos, vemos que el móvil de semejante transformación fué el paso repentino de los goces de la voluntad á los terrores de la vida, y esto explica el hecho sorpren-

(1) Bruckeri. Hist. philos., t. IV, par. I, p. 10.

dente de que la nación mundana, alegre, sensual y frívola entre todas, me refiero á la nación francesa, haya fundado la orden monástica más rigurosa, la de los trapenses; después de su disolución la restableció Rancé y se ha conservado en toda su pureza y en toda su terrible severidad hasta nuestros días, á pesar de las revoluciones y de las reformas introducidas en la Iglesia, y á pesar también del espíritu de incredulidad, que cada día gana terreno.

Ocurre, sin embargo, fácilmente, que este conocimiento de la verdadera naturaleza de la existencia desaparece con las circunstancias que le produjeron, y que la voluntad de vivir resucita, trayendo consigo el carácter anterior. Así vemos á Benvenuto Cellini, dotado de pasiones ardientes, convertirse dos veces, la primera hallándose preso y la segunda durante una enfermedad grave, para recaer en seguida en su existencia habitual en cuanto terminaron sus dolores. En general, la negación de la voluntad no se deriva necesariamente del dolor como el efecto de la causa; la voluntad permanece libre. Este es precisamente el único punto en que el libre albedrío aparece en el fenómeno. De ahí ese asombro que hemos visto tan enérgicamente expresado por *Asmus* (*Matías Claudius*) respecto de la *metamórfosis transcendental* de que habla. Frente á cada dolor puede admitirse una voluntad que le supere en energía, y que, por consiguiente, sea indomable. A propósito de esto, refiere Platón en el Fedon, que algunos reos sentenciados á muerte pasaban sus últimas horas comiendo, bebiendo y entregándose á la orgía, perseverando así hasta la muerte en la afirmación de la vida. Shakespeare nos presenta en la persona del Cardenal Beaufort (Enrique VI, segunda parte, escena tercera) el fin espantoso de un malvado que muere en la desesperación, pues ni

la muerte ni los dolores pueden quebrantar su voluntad llevada á la perversidad más extraordinaria.

Cuanto más violenta es la voluntad, más enérgicamente caracterizado está el fenómeno de su conflicto, y mayor también es el dolor. Una tierra que fuese el fenómeno de una voluntad de vivir incomparablemente más impetuosa que la del mundo tal como existe, sería igualmente teatro de dolores mucho más intensos; sería el Infierno.

Puesto que el dolor, en cuanto mortifica la voluntad é impulsa á la resignación, posee virtualmente una propiedad santificante, se explica que un gran infortunio ó un profundo dolor inspiren, por sí mismos, cierto respeto. Pero el hombre desgraciado no es verdaderamente respetable, mientras al contemplar la sucesión de males que han llenado su existencia, ó al llorar algún grande é incurable dolor, atiende á la serie de acontecimientos que han sumido su vida en la amargura, ó al dolor que individualmente padece, pues hasta entonces, su conocimiento está dominado todavía por el principio de razón y limitado al fenómeno particular, y lo que le ocurre es que, deseando aún la vida, no la quiere en sus condiciones actuales; cuando se hace plenamente respetable es cuando sus miradas pasan de lo particular á lo general, cuando considera su dolor individual más que como un ejemplo del dolor universal. Así es como se eleva á la altura de la perfección moral, y un caso único representa para él millares de casos; sólo entonces es cuando la contemplación de la vida en general le conduce á la resignación, pues comprende que el dolor es la esencia del vivir. He aquí por qué en el *Torcuato Tasso*, de Goethe, la Princesa inspira respeto; al referir sus aficciones y las tristezas de su vida y de la de los suyos, no ve más que la imagen del dolor universal.

Un carácter noble se presenta siempre al pensamiento velado por una muda melancolía, que no es en modo alguno el humor agriado por las contrariedades cotidianas (esto sería un rasgo poco noble y presagiaría más bien que otra cosa, un carácter malo). Es una tristeza nacida, con abstracción de las consideraciones egoistas, de la conciencia de que todos los bienes de este mundo no son más que vanidad, y toda existencia más que dolor. Con todo, semejante conciencia puede despertarse al principio por desgracias puramente personales, sobre todo, cuando vienen de un dolor único y excesivo. Un amor sin esperanza llenó la vida del Petrarca de esa tristeza resignada cuyos acentos nos conmueven tan profundamente en sus obras: la Dafne que perseguía se escapó de sus brazos, dejándole en cambio un laurel inmortal. Cuando un destino irrevocable rehusa á un ser humano la realización de alguna gran esperanza, y comienza así á quebrantar la voluntad, ésta acaba por ser indiferente á todo lo restante, y el carácter se vuelve dulce, triste, noble y resignado. Cuando la aficción no tiene un objeto preciso, cuando recae sobre el conjunto de la vida, entonces es una especie de recogimiento, una retirada ó una desaparición gradual de la voluntad, que llega á minar sorda pero profundamente su propio fenómeno, el cuerpo. El hombre siente desatarse poco á poco sus ataduras y tiene el presentimiento íntimo de la muerte que se acerca y vendrá bien pronto á disolver á la vez el cuerpo y la voluntad; de ahí viene el gozo secreto que acompaña á esta tristeza, y esto es, á mi juicio, lo que el pueblo más melancólico de todos ha expresado con la frase *«the joy of grief»* (la dicha del dolor). Mas aquí se alza un escollo, la sensiblería, tanto en la vida real, como en su pintura, ó sea en la poesía; pues llorar y gemir incessantemente sin tener virilidad bastante para elevarse á